

# EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES

Abril 2022

74



## EL ENCUENTRO CON DIOS

La Biblia nos habla de una serie de personas que se encontraron con Dios, no era algo común ni algo cotidiano, es más, es un gran privilegio encontrarse con el Creador, pero aún más privilegiada, es la persona que se encontró con su Dios y vivió para contarle, pues el Señor dijo a Moisés: No puedes ver mi rostro; porque nadie puede verme y vivir. (Éxodo 33:20). Las Escrituras nos relatan, que el Señor acostumbraba a hablar con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo, esto es una forma de expresión que nos indica, que Dios y Moisés, tenían una relación muy personal, pero no indica precisamente que Moisés viera a Dios con sus ojos naturales, como nos dice categóricamente el apóstol Juan, que a Dios nadie le ha visto jamás (1 Juan 4:12); tal como sigue indicando la narración de este pasaje, Moisés dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y Él respondió: Yo haré pasar toda mi bondad delante de ti y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia y tendré compasión de quien tendré compasión. Entonces el Señor dijo: He aquí, hay un lugar junto a mí y tú estarás sobre la peña y sucederá que, al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas; pero no se verás mi rostro (Éxodo 33:11;18-23).

La carta a los hebreos nos indica, que Dios ha hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres (Hebreos 1:1-3)... se encontró con Moisés cuando apacentaba el rebaño de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, cuando llegó a Horeb, el monte de Dios, se le apareció el ángel del Señor en una llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés vio que la zarza ardía, pero no se consumía. Cuando Moisés escuchó la voz del Señor, tuvo temor de mirar a Dios y se cubrió el rostro, pero de ese momento en adelante, su vida cambió, pues el Señor lo comisionó para ser gobernante y libertador de Israel, como podemos notar, todos los que han tenido un encuentro con Dios, han tenido una transformación (Éxodo Cap. 3). Desde el jardín del Edén, vemos a Dios encontrarse con el hombre, como un padre que ama a su criatura, hablaba con Adán en el huerto, hasta que la comunión fue interrumpida por el pecado (Génesis Cap. 3). También nos relata el libro de Génesis, que Jacob

# EDITORIAL

tuvo varios encuentros con el Señor; el más conocido sucedió cuando un hombre luchó con él, hasta rayar el alba, cuando vio

que no prevalecía contra Jacob, tocó la coyuntura de su muslo y lo dislocó, pero Jacob dijo que no lo soltaría hasta que lo bendijera; el hombre le preguntó por su nombre y él respondió: Jacob y el hombre dijo: Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres y has prevalecido. Y Jacob puso a aquel lugar el nombre de Peniel, porque dijo: He visto a Dios cara a cara y ha sido preservada mi vida (Génesis Cap. 32). Dios se apareció de nuevo a Jacob cuando volvió de Padán-aram y lo bendijo, le confirmó el cambio de nombre y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso. Sé fecundo y multiplícate; una nación y multitud de naciones vendrán de ti y reyes saldrán de tus lomos. Y la tierra que di a Abraham y a Isaac, a ti te la daré; y daré la tierra a tu descendencia después de ti (Génesis Cap.35).

De esta misma manera, se ha encontrado el Señor con muchos a lo largo del tiempo; llama la atención el encuentro de Jesús con Saulo, en el camino de Damasco, el Señor le cambió su destino, de perseguidor de la iglesia a su perito arquitecto. Podemos agregar a esta larga lista de personas, nuestro propio nombre, pues cuando nos encontramos con Jesucristo, también cambió nuestra vida y nuestro destino para siempre; como dice el apóstol Pedro: Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para posesión de Dios, a fin de que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; pues vosotros en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois el pueblo de Dios; no habíais recibido misericordia, pero ahora habéis recibido misericordia (1Pe 2:9-10).

De la misma manera la Biblia nos dice que un día nos encontraremos con el Señor y estaremos juntos por la eternidad: Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, al encuentro del Señor en el aire y así estaremos con el Señor siempre (1 Tesalonicenses 4:16-17). Entonces, preparémonos para el encuentro con nuestro Dios (Amós 4:12).



**DIRECTOR GENERAL**  
Pedro G. Legrand  
Profeta

**DISEÑO Y REDACCIÓN**  
Pedro G. Legrand  
Jonatan Aguilar  
Jorge Vásquez

**TÉLEFONO/WHATSAPP**  
+502 54744779  
**CORREO**

idcluzdelasnaciones@gmail.com

**DIRECCIÓN**  
17 Avenida 5-62 zona 1  
Ciudad de Guatemala

www.idcluzdelasnaciones.com

www.ministeriosluzdelasnaciones.com

Una de las cosas más emocionantes que le puede pasar a un ser humano, como en el caso de los soldados que van a la guerra o como aquel estudiante de intercambio que pasó largos años en otro país; es que después de un largo tiempo estando lejos, puedan encontrarse con sus seres queridos, ya que, la necesidad de sentir, abrazar, dialogar, compartir, etc., están íntimamente ligadas a nuestro desarrollo personal. Poniendo esto como contexto, podríamos mencionar bíblicamente, a un padre que ha perdido a su hijo, como relató el Señor Jesús sobre el hijo prodigo (Lucas 15:11-32); aquel padre estaba angustiado por su hijo y me imagino, que siempre buscando la manera de encontrarse con él; de la misma manera, después de la caída de Adán, el Señor, dispuso en su corazón poder acercarse al hombre, pues él había sido hecho a su imagen y conforme a su semejanza, por decirlo así, era como su hijo (Génesis 1:26-27). Adán en la figura del hijo pródigo, fue expulsado del Edén, la casa donde podía encontrarse y gozar de la presencia de su creador, es decir su Padre; Adán fue a una tierra lejana, donde malgastó la herencia que Dios le había dado, prostituyéndose con la serpiente y comiendo ahora de las algarrobas de los cerdos.

En su plan para encontrarse con el hombre después de ser expulsado, encontramos al Señor hablando con Caín, a quien advirtió como un Padre preocupado: Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Por qué estás enojado y por qué se ha demudado tu semblante? Si haces bien, ¿no serás aceptado? Y si no haces bien, el pecado yace a la puerta y te codicia, pero tú debes dominarlo (Génesis 4:6-7). En este pequeño diálogo se nos muestra a ese Padre de amor, uno que estaba preocupado por el destino de su hijo, su creación; lastimosamente, Caín hizo de menos el consejo del Señor y fue y mató a su hermano; lo que trajo como consecuencia la maldición del Padre sobre sí, mostrando así que Dios es amor, pero también fuego consumidor (1 Juan 4:7-8; Hebreos 12:29).

Dios se encontró con varios personajes más, pero hoy nos vamos a dedicar a tres de los patriarcas de Israel; Abraham, Isaac y Jacob. Comencemos por Abraham, un hombre de Ur de los caldeos; dice la Biblia: Y el Señor dijo a Abram: Vete de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una nación grande y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendición... (Génesis 12:1-3). El padre de Abram, estaba de camino a Canaán, pero se quedó a medio camino por decirlo así, pues se estableció en Harán, lugar donde murió y fue sepultado (Génesis 11:31-32). En las palabras dichas por Dios, sal de tu tierra y tu parentela, podemos entender, que Dios pidió a Abram, que dejara la vana manera de vivir de sus padres (1 Pedro 1:14-19), para vivir de la forma que el Señor le revelaba, esto mismo necesitamos nosotros para ser hijos de Dios, negarnos a todo pensamiento familiar contrario y aún negarnos a nosotros mismo, con tal de llegar a ser discípulos del Señor y aún más, llegar a ser amigos de Dios como lo fue Abraham (Lucas 14:25-27; Santiago 2:23); también es de resaltar en esta parte del relato, que Abram, se había quedado sin padre natural y sin rumbo, pues el Señor mismo, le habló del camino que debía tomar y lo que debía hacer, por eso dice la Escritura: ...Regocijaos delante de Él. Padre de los huérfanos y defensor de las viudas es Dios en su santa morada. Dios prepara un hogar para los solitarios; conduce a los cautivos a prosperidad... (Salmos 68:4-6). De aquí en adelante Dios se encontró muchas veces con Abram; en una oportunidad, el Señor le dijo: Y no serás llamado más Abram; sino que tu nombre será Abraham; porque yo te haré padre de multitud de naciones. Te haré fecundo en gran manera y de ti haré naciones y de ti saldrán reyes. Y estableceré mi

pacto contigo y con tu descendencia después de ti, por todas sus generaciones, por pacto eterno, de ser Dios tuyo y de toda tu descendencia después de ti (Génesis 17:5-7). El nombre Abram, significa padre enaltecido (H87) y fue cambiado por Abraham (H85 Abrajam), padre de multitud; podemos notar en el nombre anterior de este personaje, que gozaba del reconocimiento de las personas que lo rodeaban, pero algo hacía falta en la vida de este hombre y era un heredero, pues en las mismas palabras de este varón vemos su preocupación, dice la Biblia: Y Abram dijo: Oh Señor Dios ¿Qué me darás, puesto que yo estoy sin hijos y el heredero de mi casa es Eliezer de Damasco? Dijo además Abram: He aquí, no me has dado descendencia y uno nacido en mi casa es mi heredero... (Génesis 15:2-5). En las palabras que profirió Abram, podemos ver el plan que el enemigo había urdido en su contra, pues aprovechó para quitarle la identidad de padre y poner en su corazón el reproche en contra del plan del Señor; dice la Biblia que Dios tiene planes de bien y no de mal para nosotros, para darnos un futuro y una esperanza (Jeremías 29:11) y esto lo podemos observar en el segundo nombre dado por Dios a Abram, podemos notar el plan y la verdadera naturaleza que el Señor tenía preparada para él, pues hasta el día de hoy se siguen adhiriendo más y más hijos al padre Abraham, por la fe (Gálatas Cap. 3; Romanos 4:16; Hechos 13:26), es decir que, donde estuvo el ataque, estuvo también la bendición.

Más adelante en los relatos bíblicos encontramos a Isaac, el hijo de Abraham, con quien el Señor también se encontró, pues dio cumplimiento a su palabra, Él dijo: No, sino que Sara, tu mujer, te dará un hijo y le pondrás el nombre de Isaac; y estableceré mi pacto con él, pacto perpetuo para su descendencia después de él (Génesis 17:19). Cuando vino gran hambre sobre la tierra, como en los días de Abraham, Isaac iba a descender a Egipto, pero el Señor se encontró con él en Gerar e hizo con Isaac un pacto, por el cual el Señor le daría toda la tierra por donde andaba y haría a su descendencia como las estrellas del cielo, los cuales heredarían la tierra que Dios le había prometido a Abraham (Génesis Cap. 26); es de notar, que Dios no dejó que Isaac descendiera a Egipto, figura del mundo; si Isaac se hubiera apartado de la tierra en donde estaba, habría perdido la bendición que Dios tenía preparada para él y los suyos; cuando el Señor pidió a Abraham la vida de Isaac, antes de que fuera sacrificado, el Señor le mandó la provisión y la vida del muchacho fue preservada (Génesis Cap. 22), lo que nos dice que desde un principio, Isaac contaba con la bendición extraordinaria de Dios y aunque hubiera hambre en la tierra, a él le sería dado lo necesario (Salmo 37:25).

Pasamos a estudiar el encuentro de Jacob, el hijo de Isaac y nieto de Abraham, el cual peleó en el vado de Jaboc, con el ángel del Señor hasta rayar el alba; el Señor dijo: Ya no será tu nombre Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres y has prevalecido (Génesis 32:28). En este encuentro podemos ver, cómo Dios cambió no solo el nombre, sino la naturaleza de Jacob, el engañador, por Israel, príncipe del Señor; esto nos habla del nuevo nacimiento, de nuestro encuentro con el Señor, el cual es misericordioso, para salvarnos de la muerte y del pecado, para que tengamos vida eterna (Lucas 6:36; 1 Corintios 15:56-58; Juan 3:16-17). Concluimos entonces en este tema, entendiendo, que tenemos a un Padre amoroso, que está dispuesto a buscarnos, un Padre cercano, al cual podemos clamar Abba Padre (Romanos 8:15-17).

# CON LA REVELACIÓN

El libro de Éxodo nos relata que la descendencia de Jacob se multiplicó y llegó a ser fuerte, por lo que los egipcios les temieron y urdieron un plan para someterlos como esclavos; no conforme con esto, Faraón mandó a las parteras que mataran a todo varón recién nacido, más ellas no escucharon al rey de Egipto, pues temían a Dios, por lo que el Señor las prosperó. El yugo de esclavitud que les fue impuesto a los israelitas fue tal, que su clamor llegó al Señor y oyó Dios su gemido y se acordó Dios de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel y Dios los tuvo en cuenta (Éxodo Cap. 1, 2:24-25). Aunque si bien es cierto, que Israel había ido a Egipto en busca de comida, se encontraron con un final muy amargo, pues durante cuatrocientos treinta años estuvieron como esclavos de los egipcios; esto nos enseña, que hay cristianos, que en el afán de qué comer, que vestir o mejorar su calidad de vida, buscan la salida en el mundo; no que este mal buscar estas cosas, pero el Señor dijo: No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos o qué beberemos o qué vestiremos? ...pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas (Mateo 6:31-34 RV 1960). Como creyentes de Jesucristo, necesitamos buscarlo por sobre todas las cosas y Él se encargará de darnos nuestro sustento diario, por eso Él enseñó a sus discípulos a orar al Padre, para pedirle el pan de cada día (Mateo Cap. 6); sin embargo, para entender esto, debemos tener un encuentro con Dios y la revelación de su deidad, pues dice en su palabra: Yo soy el Señor y no hay ningún otro; fuera de mí no hay Dios... (Isaías 45:5), es decir que si hemos creído en el Señor, no debe existir ninguna duda acerca de quién es Él, pues dice la Escritura: Y sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que es remunerador de los que le buscan (Hebreos 11:6; 1 Corintios 2:9).

En la Biblia, se nos describe a un varón llamado Moisés, cuyo nombre significa sacado de las aguas; fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios y llegó a ser un hombre poderoso en

palabras y en hechos. Cuando iba a cumplir cuarenta años, fue a visitar a sus hermanos, los hijos de Israel y vio que uno era maltratado por un egipcio, por lo que lo defendió y mató al egipcio; pensó que sus hermanos entendían que Dios les estaba dando libertad por medio de él. Al siguiente día Moisés fue con sus hermanos y al ver peleando a dos hebreos les habló, más uno de ellos lo empujó y le preguntó: ¿Quién te ha puesto por gobernante y juez sobre nosotros? ¿Acaso quieres matarme como mataste ayer al egipcio? Al oír estas palabras, Moisés huyó al desierto y se convirtió en extranjero en la tierra de Madian, donde fue padre de dos hijos (Hechos 7:22-29). Moisés tenía la noción de conocer el plan de Dios para su pueblo, pues creyó que por medio de él serían libres, pero por sus fuerzas y no las de Dios, dice la Biblia: No depende del ejército, ni de la fuerza, sino de mi Espíritu, dice el Señor todopoderoso (Zacarías 4:6 DHH 2002); nosotros actuamos de la misma manera muchas veces, pues olvidamos dejar a un lado nuestra naturaleza pecaminosa y haciendo de menos al Espíritu Santo, queremos usar métodos naturales o humanos para cumplir nuestro propósito, pero dice el apóstol Pablo: Ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Corintios 2:4-5). Y agrega la Palabra: Confía en el Señor con todo tu corazón y no te apoyes en tu propio entendimiento (Proverbios 3:5); si como Moisés, confiamos en nuestra fuerza, seremos desviados del propósito que Dios tiene para nosotros y para recobrar el camino, seremos tratados como lo fue él, pasaremos por el desierto hasta que recobremos el sentido y no va a ser fácil, ya que Moisés pasó cuarenta años en el desierto.

Cuando Moisés llegó a Madián, se estableció en la casa de Jetro, quien era sacerdote en aquel lugar y el cual se convirtió en su

suegro; sucedió un día que Moisés apacentaba las ovejas de su suegro y las llevó a Horeb, el monte de Dios. Allí se le apareció el ángel del Señor en una llama de fuego en una zarza prendida en llamas y cuando Moisés la vio, se acercó para ver aquella maravilla y por qué la zarza no se consumía; cuando Dios vio que Moisés se acercaba le habló diciendo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Entonces Él dijo: No te acerques aquí; quítate las sandalias de los pies, porque el lugar donde estás parado es tierra santa. Y añadió: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió

su rostro, porque tenía temor de mirar a Dios.

...Ahora pues, ven y te enviaré a Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto...

Entonces dijo Moisés a Dios: He aquí, si voy a los hijos de Israel y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, tal vez me digan: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les responderé? Y dijo Dios a Moisés: Yo Soy el que Soy. Y añadió: Así dirás a los hijos de Israel: Yo Soy me ha enviado a vosotros. Dijo además Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor,

el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre y con él se hará memoria de mí de generación en generación (Éxodo 3:1-15).

El Señor tenía verdaderamente un plan y destinación para este siervo llamado Moisés; la manifestación que recibió fue algo extraordinario, pues el mismo Señor Todopoderoso se encontró con él, se reveló el Dios de sus padres, el que en Egipto había sido reemplazado por el panteón de dioses egipcios en su corazón, pero ahora, se reveló el Verdadero Dios, el Dios vivo, el que tiene el poder de sostener la zarza sin que esta se consuma, el creador de todo; esta



experiencia, cambió a Moisés, pues viendo la magnificencia del Señor, él dijo: ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar a los hijos de Israel de Egipto? Y Señor dijo: Ciertamente yo estaré contigo y la señal para ti de que soy Yo el que te ha enviado será ésta: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto adoraréis a Dios en este monte (Éxodo 3:11-12); aunque Moisés reconoció delante de Dios, que no era apto para esto y que era falto de entendimiento, el Señor lo transformó y se convirtió en el libertador de Israel y por medio de Moisés, el Señor también se reveló a todo su pueblo, por todas las generaciones, en palabras de Moisés: Y el Señor nos sacó de Egipto

con mano fuerte y brazo extendido, con gran terror, con señales y milagros; y nos ha traído a este lugar y nos ha dado esta tierra, una tierra que mana leche y miel (Deuteronomio 26:8-9). Y en palabras del salmista: Al que hirió a Egipto en sus primogénitos, porque para siempre es su misericordia; y sacó a Israel de en medio de ellos, porque para siempre es su misericordia, con mano fuerte y brazo extendido, porque para siempre es su misericordia... (Salmos 136:10-12).

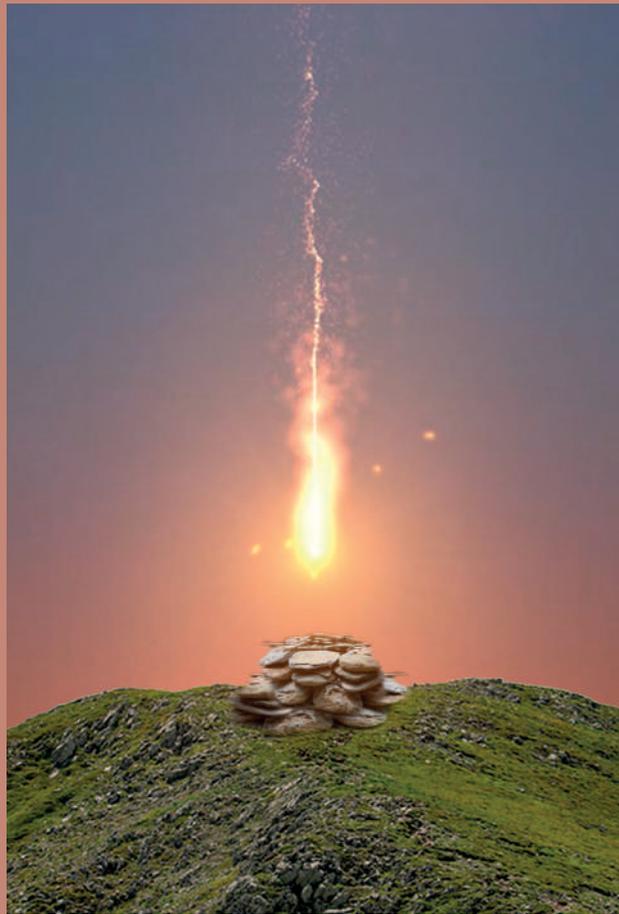
Ahora también como Moisés, nosotros podemos ser partícipes de la revelación del Dios Todopoderoso, pues la zarza ardiente que no se consume se ha acercado a nosotros y esta es nuestro Señor Jesucristo, de quien el mismo Moisés dio testimonio en el monte de la transfiguración; dice la Escritura que Jesús tomó consigo a tres de sus discípulos y los llevó aparte a un monte alto donde se transfiguró delante de ellos; y su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. Y he aquí, se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El y se oyó una voz que decía: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido; a Él oíd (Mateo Cap. 17). Por tanto, subamos al monte alto, para encontrar ahí la revelación del poder y la gloria de nuestro Dios y creador.

# CON EL PODER DE DIOS

Cada uno de nosotros fue diseñado y creado con un propósito, pero muchos no saben cuál es y otros no saben que tienen uno; esto es muy interesante, pues dice la Palabra: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de Él... (Efesios 1:3-6); lo cual nos certifica, que Dios nos escogió con un propósito, por lo tanto, debemos esforzarnos por conocer y entender el diseño de Dios en nuestra vida.

La Escritura nos habla que, en el año treinta y ocho de Asa, reinó Acab hijo de Omri, quien, hizo lo malo delante del Señor, más que todos los que reinaron antes que él y no bastándole esto, tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal, rey de los sidonios y fue tras Baal para servirlo y lo adoró. Entonces Elías tisbita, quien era un profeta de parte de Dios, se presentó delante de Acab y le dijo: Vive el Señor, Dios de Israel, delante de quien estoy, que ciertamente no habrá rocío ni lluvia en estos años, sino por la palabra de mi boca y el Señor habló a Elías diciendo: Sal de aquí y dirígete hacia el oriente, escóndete junto al arroyo Querit, que está al oriente del Jordán, beberás del arroyo y los cuervos te sustentarán con pan y carne por la mañana y al atardecer... después de un tiempo el arroyo se secó y Dios envió a Elías con una viuda de Sarepta, para que lo alimentara allí (1 Reyes 16:29-34; 17:16). Algo importante que nos

muestra este pasaje, es que a causa del pecado que existía en Israel, el Señor tuvo que enviar al profeta Elías a cerrar los cielos, lo que corresponde a lo que Dios mismo dijo a Israel por medio de Moisés: Pero sucederá que, si no obedeces al Señor tu Dios, guardando todos sus mandamientos y estatutos que te ordeno hoy... el cielo que está encima de tu cabeza será de bronce y la tierra que está debajo de ti, de hierro... (Deuteronomio Cap. 28); también podemos ver, que Elías tenía el respaldo, la autoridad y el cuidado de Dios, pues en ningún momento, el Señor lo dejó solo, sino que estuvo ahí para guiar sus pasos, ejemplo de esto, es la orden de ir a Acab, aunque podía perder la vida, de ir al arroyo del Querit, para apartarse del peligro, de presentarse delante la viuda, para ser sustentado antes de su encuentro con los profetas de Baal, etc..



La palabra hebrea Kerít (H3772) significa: Corte, cortar; de la raíz primaria Karat, que significa: alianza, amputar, talar, etc.; esto nos enseña que, Elías tuvo un encuentro extraordinario con el Señor y Él cortó del corazón de Elías, toda

sensualidad o carnalidad, con el fin de retornar el corazón de Israel, al Dios verdadero y se restaurando así, la alianza entre Dios y su pueblo. De la misma manera, el Señor preparó a Elías para ser llevado al cielo; de igual forma, también quiere quitar todo lo que nos aparta de la comunión con el Señor, como dice la Biblia: No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Juan 2:15-17). Entonces entendemos, que las aflicciones son necesarias, para entender el propósito de Dios en nuestras vidas, para que no nos amoldemos al mundo, sino que nos transformemos mediante la renovación de nuestra mente, para comprender, la buena, perfecta y agradable voluntad del Señor (Romanos 12:2), con la meta de ser también, llevados al cielo como lo fue Elías.

El rey Acab, dio orden a Abdías para que fuera a todas las fuentes de agua y estando por el camino, Elías le salió al encuentro y le dijo: Ve, di a tu señor: Aquí está Elías. Abdías tenía miedo de dar la noticia al rey, pues pensó que Elías podía ser llevado por el Espíritu del Señor a otro lado y a causa de no encontrarlo, lo matarían, pero Elías le prometió a Abdías que se presentaría el delante de Acab (1 Reyes 18:5-15). Algo que podemos ver en este pasaje, es que Abdías conocía que el Espíritu dirigía a Elías y lo llevaba por lugares donde nadie imaginaba, a Abdías le fue revelado el poder de Dios en Elías.

Al encontrarse Elías con el rey Acab, pidió que trajeran a todo Israel al monte Carmelo, junto a los profetas de Baal y Asera que comen a la mesa de Jezabel. Cuando se habían reunido todos en el momento Carmelo, Elías se acercó a todo el pueblo y dijo: ¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, seguidle; y si Baal, seguidle a él. Pero el pueblo no le respondió ni una palabra, entonces Elías pidió que se dieran dos novillos y que el Dios que respondiera con fuego, ese sería el verdadero Dios. Al medio día, los profetas de Baal seguían invocándolo a su dios, pero nadie respondió; entonces Elías preparó el altar y vertió agua sobre el holocausto, a la hora de ofrecer el sacrificio de la tarde, Elías le pidió al Señor que le respondiera, para que el pueblo supiera que Él es el verdadero Dios; entonces cayó el fuego del Señor y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo y lamió el agua de la zanja. Cuando todo el pueblo lo vio, se postraron sobre su rostro y dijeron: El Señor, Él es Dios; el Señor, Él es Dios (1 Reyes 18:16-39). Comprendemos de esta narrativa,

que el Señor ansiaba encontrarse de nuevo con su pueblo, de la misma manera en la que se había encontrado con Elías, pues a él le fue mostrada la magnificencia de Dios, como dice el Señor y responde su pueblo: Volved, hijos infieles, yo sanaré vuestra infidelidad. Aquí estamos, venimos a ti, porque tú, el Señor, eres nuestro Dios (Jeremías 3:22).

Acab le contó a Jezabel lo que Elías había hecho con los falsos profetas y Jezabel buscaba la vida de Elías para matarlo; él, al enterarse tuvo miedo y se fue para salvar su vida, se sentó bajo un enebro y pidió morir, pues decía: Basta ya, Señor, toma mi vida porque yo no soy mejor que mis padres; luego de esto Elías, fue alimentado por un ángel y con lo provisto caminó hasta el monte Horeb, donde se metió en una cueva, donde el Señor lo encontró y le preguntó: ¿Qué haces aquí, Elías? Y él le respondió: He tenido mucho celo por el Señor, Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han abandonado tu pacto, han derribado tus altares y han matado a espada a tus profetas. He quedado yo solo y buscan mi vida para quitármela. El Señor pidió a Elías que saliera de la cueva y vino un viento recio, que rompía las peñas; luego un terremoto; después un fuego, pero en ninguno de ellos estaba el Señor; por último vino el susurro de una brisa apacible, sucedió que cuando Elías lo oyó, se cubrió el rostro con su manto y salió y se puso a la entrada de la cueva, después de tener una charla con el Señor, Él le dijo: Ve... ungirás a Hazael por rey sobre Aram; y a Jehú, hijo de Nimsi, ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo, hijo de Safat de Abel-mehola, ungirás por profeta en tu lugar. Y sucederá que al que escape de la espada de Hazael, Jehú lo matará y al que escape de la espada de Jehú, Eliseo lo matará... (1 Reyes 19:15-18).

Sin duda alguna, el encuentro de Elías con el poder del Señor fue algo extraordinario y el llamado que Elías llevaba sobre sí, no era la excepción, dado que se tuvo que repartir en tres personas que lo llevaran a cabo y para nosotros como dijo el Señor Jesús: En verdad, en verdad os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre (Juan 14:12).

# CON EL LLAMADO

Para comenzar este tema, preguntémosnos ¿Qué es un llamado? El conocimiento general nos dice que se refiere al efecto o acción de dar voces o hacer señales para atraer la atención de alguien, ya sea este, un individuo o un animal; también llamar, se utiliza para invocar, convocar, citar, nombrar y o denominar a alguien para un fin determinado. Teniendo en cuenta esto último, vamos a tomarnos el tiempo para hablar y estudiar a un hombre llamado Saulo de Tarso, a quien el Señor tomó por digno de llevar su nombre.

La primera aparición bíblica de Saulo de Tarso, se lleva a cabo, cuando encontramos el relato de un varón llamado Esteban, quien estaba lleno del Espíritu Santo y estaba siendo juzgado delante del concilio, puesto que los que contendían con él, no soportaban la sabiduría y al Espíritu con él que les hablaba (Hechos Cap. 6); después de un largo discurso, que comenzó desde el patriarca Abraham hasta los profetas y por último con nuestro Señor Jesús, dice la Escritura: Al oír esto, se sintieron profundamente ofendidos y crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios; y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios. Entonces ellos gritaron a gran voz y tapándose los oídos arremetieron a una contra él. Y echándolo fuera de la ciudad, comenzaron a apedrearle; y los testigos pusieron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo. Y mientras apedreaban a Esteban, él invocaba al Señor y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y cayendo de rodillas, clamó en alta voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Habiendo dicho esto, durmió (Hechos 7:54-60).

Este suceso marcaría la vida de Saulo, pues luego de esto, algunos hombres piadosos sepultaron a Esteban y lloraron a gran voz por él. Pero Saulo hacía estragos en la iglesia, entrando de casa en casa y arrastrando a

hombres y mujeres, los echaba en la cárcel (Hechos 8:2-3); de aquí en adelante, Saulo se convirtió en asesino y perseguidor de la iglesia, pero relata la Biblia: Saulo, respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, fue al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba algunos que pertenecieran al Camino, tanto hombres como mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén. Y sucedió que mientras viajaba, al acercarse a Damasco, de repente resplandeció en su derredor una luz del cielo; y al caer a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y Él respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues; levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer (Hechos 9:1-6).

Aunque en palabras de Saulo, él era judío, educado bajo Gamaliel, en estricta conformidad a la Ley de sus padres, circuncidado el octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la Ley, hallado irreprochable (Filipenses 3:5-6; Hechos 22:3); es un gran currículum el de Saulo, pero él no había tenido un encuentro con Jesús, hasta el día en el que esta luz resplandeció a su derredor, todos los títulos que ostentaba Saulo, habían perdido su valor, dice Saulo a quien le cambiaron el nombre por Pablo: Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo y lo considero como basura, a fin de ganar a Cristo y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos,

llegando a ser como Él en su muerte, a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos (Filipenses 3:7-11); Saulo se encontraba de frente con la Verdad (Juan 14:6) y de aquí en adelante, habría de entender lo siguiente, en sus propias palabras: No que seamos suficientes en nosotros mismos para pensar que cosa alguna procede de nosotros, sino que nuestra suficiencia es de Dios, el cual también nos hizo suficientes como ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, pero el Espíritu da vida (2 Corintios 3:5-6).

No cabe duda, que Dios pone su mirada en quien Él desea, como dice la Escritura:

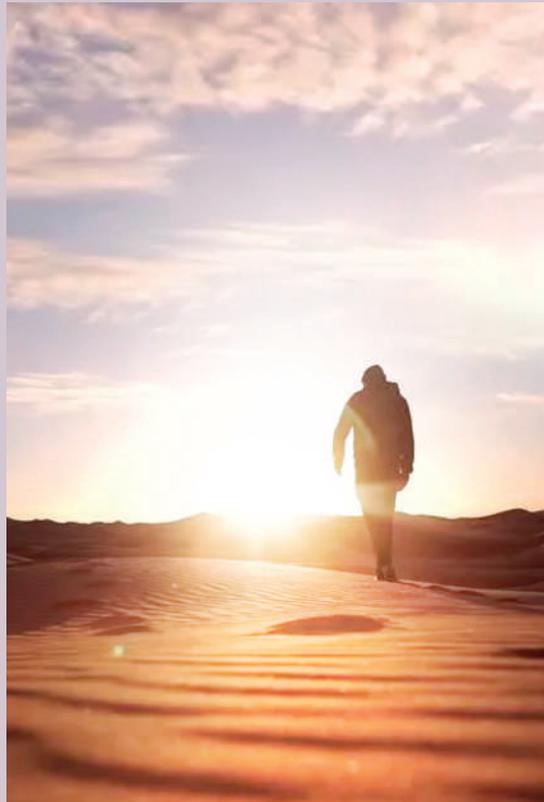
Porque Él dice a Moisés: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia y tendré compasión del que yo tenga compasión. Así que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Romanos 9:15-16).

Y agrega: Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Romanos 8:28-30); el Señor dijo a Saulo: Y después de que todos caímos al suelo, oí una voz que me decía en el idioma hebreo: Saulo, Saulo ¿Por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón (Hechos 26:14). Sin darse cuenta, Saulo no perseguía a los hombres, sino a Jesucristo mismo, quien nos hizo parte de su cuerpo (1 Corintios Cap. 12; Romanos 12:4-5; Colosenses 1:18), nos hizo su templo y morada de su Espíritu Santo (1 Corintios 3:16; 6:19).

Cuando fue testigo de la muerte de Esteban, los ojos de Saulo contemplaron la

densa oscuridad y fue cubierto e inundado con ella, el Señor Jesús dijo: La lámpara del cuerpo es el ojo; por eso, si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Así que, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡Cuán grande será la oscuridad! (Mateo 6:22-23); entendemos de esto, que la oscuridad tuvo un encuentro con Saulo, por ese motivo, la Luz, tenía que disipar todo vestigio de la oscuridad y la muerte en su ser, para liberarlo de ella, pues como dice la Biblia: La Luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron, no la dominaron, no prevalecen en su contra, no la vencieron, no pueden extinguirla (Juan 1:5 NBLH, RV60, CJ, BAD); además nos dice:

Porque Él nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado, en quien tenemos redención: El perdón de los pecados (Colosenses 1:13-14); Saulo daba coces contra el aguijón, porque estaba ciego, sus ojos se habían quedado sin luz, más ahora como dijo Job: Oye, te ruego y hablaré; te preguntaré y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza (Job 42:4-7).



Después de su encuentro con el Señor, Saulo dejó de ser asesino y perseguidor de la iglesia, para convertirse en el perito arquitecto de la misma (1 Corintios 3:10), tendría que sufrir, sí, pero llegó a entender lo siguiente: ...Y en esto me regocijo, sí, y me regocijaré. Porque sé que esto resultará en mi liberación mediante vuestras oraciones y la ministración del Espíritu de Jesucristo, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado, sino que, con toda confianza, aun ahora, como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte. Pues para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia (Filipenses 1:18-21).

# CON LA IGLESIA

Es muy interesante notar, que el primer encuentro de Jesús con una mujer que se menciona en los evangelios, sucedió cuando el Salvador aún se encontraba en el vientre de su madre, Lucas, nos relata que María fue de prisa a una ciudad de las montañas de Judea, a la casa de Zacarías y cuando Isabel oyó el saludo de María, la criatura que se encontraba en su vientre saltó de alegría y fue llena del Espíritu Santo (Lucas 1:39-45), este pasaje nos recuerda las palabras que Dios le dijo al profeta Jeremías: Antes de formarte en el seno te conocí y antes que nacieras te aparté y te designé por profeta a las naciones (Jeremías 1:5 NRV 1990); no sabía la madre de Jesús que el niño que estaba en el vientre de Isabel, se convertiría en el precursor del Mesías y que sería él quien años después, lo bautizaría en el río Jordán.

También Lucas nos cuenta que Jesús fue a una ciudad llamada Naín, junto a muchos discípulos que lo acompañaban y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, sacaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, que era viuda. Había con ella mucha gente de la ciudad; el Señor la vio y se compadeció de ella y le dijo: No llores, se acercó y tocó el féretro y los que lo llevaban se detuvieron y Jesús dijo al muerto: Joven, a ti te digo: ¡Levántate! Entonces el que había muerto se incorporó y habló y Jesús lo dio a su Madre. En estos dos relatos vemos que, para el Señor no hay limitaciones, en el primer caso, Jesús se encontró con Juan, de quien se refirió, diciendo: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre cubierto de vestidos delicados? Los que visten ropa preciosa y viven en deleites, están en los palacios de los reyes. Entonces ¿qué

salisteis a ver? ¿A un profeta? Os digo y aún más que profeta. Este es de quien está escrito: Yo envío mi mensajero ante tu faz, que preparará tu camino delante de ti. Os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista. Sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios, es mayor que él (Lucas Cap. 7).

En el caso del Bautista, aún estaba la criatura en el vientre de su madre, cuando fue vivificado en su espíritu y en cuanto al hijo de la viuda de Naín, que, aunque ya estaba muerto, el Señor lo llamó y le dio la vida de nuevo.



Quizá el encuentro más notable del Maestro con una mujer, nos lo relata el apóstol Juan en su evangelio: Cuando Jesús pasaba por una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob había dado a su hijo José, donde encuentra el pozo de Jacob; Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo a eso del medio día, era como la ora sexta cuando una mujer samaritana fue a sacar agua, parece extraño que fuera a buscar agua a esa hora, ya que generalmente las mujeres recogían agua para sus hogares muy de mañana. Jesús había enviado a sus discípulos por alimentos a la ciudad, por lo que estaba

solo cuando se encontró con ella. Jesús le dijo: Dame de beber y ella respondió de inmediato mostrando su sorpresa, con un reproche, pues los judíos y los samaritanos no se relacionaban entre sí: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy samaritana? Jesús haciendo a un lado lo dicho por ella, le manifestó aprecio y consideración y respondió: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva. La mujer sin realmente

entender a qué tipo de agua se refería el Señor, con su pensamiento terrenal y basado en su propia experiencia de vida, le contestó: Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo ¿De dónde tienes agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado? Nuestro entendimiento de las cosas de la vida, nos limita muchas veces a confiar en la oferta de bendición que el Señor nos presenta; esto fue lo que le sucedió a Sara, cuando Dios dijo que en un año le nacería un hijo, se rio ante la expectativa de llegar a ser madre.

Mientras tanto, Jesús insistió a la samaritana, despertando en ella una nueva cosmovisión; el que beba de esta agua, volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré se convertirá en él, en una fuente de agua que brota para vida eterna. Esta propuesta le pareció interesante a la mujer, que no terminaba de entender lo que el Señor le ofrecía, entonces replicó: Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacarla. Jesús le dijo: Ve llama a tu esposo y ven acá. Respondió la mujer de la forma más sincera posible: No tengo esposo y respondiendo el Maestro le dijo: Bien has dicho: No tengo esposo; porque cinco maridos tuviste y el que tienes ahora no es tu esposo. Esto has dicho con verdad.

Admirada ante la respuesta del Señor, ella respondió: ¡Señor! Veo que tú eres profeta. En este punto de la conversación, la mujer se dio cuenta que estaba hablando con alguien muy especial y parece comprender la clase de agua que necesita, entonces le dijo: Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es donde se debe adorar; Jesús declaró: Mujer, créeme, la hora viene, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis. Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos. Sin embargo, la hora viene y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque éstos son los adoradores que el Padre busca. Dios es Espíritu. Y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad. La mujer le dijo: Sé que el Mesías, llamado el

Cristo, ha de venir. Cuando él venga nos explicará todas las cosas. Jesús declaró: Yo Soy, el que habla contigo. Desde aquel encuentro tan trascendental, la vida de la mujer cambió, dejó su cántaro, fue a la ciudad y dijo a los hombres ¡Venid a ver a un hombre que me dijo todo cuanto hice! ¿No será el Cristo? Muchos samaritanos fueron a él y decían a la mujer: Ya no creemos sólo por tu palabra, sino porque nosotros mismos le hemos oído y sabemos que en verdad éste es el Salvador del mundo (Juan Cap. 4). La mujer como hemos dicho en otras oportunidades es figura de la iglesia y todos los que formamos parte del cuerpo de Cristo, tenemos la oportunidad de convertirnos en la esposa del cordero, como dice el libro de Apocalipsis: Regocijémonos y alegrémonos y démosle a Él la gloria, porque las bodas del Cordero han llegado y su esposa se ha preparado. Y a ella le fue concedido vestirse de lino fino, resplandeciente y limpio, porque las acciones justas de los santos son el lino fino (Apocalipsis 19:7-8). Un día todos nosotros, los que hemos tenido un encuentro verdadero con el Señor, nos encontraremos con Él y nunca nos separaremos de su presencia. El apóstol Pablo escribió sobre este tema: Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con Él a los que durmieron en Jesús. Por lo cual os decimos esto por la palabra del Señor: Que nosotros los que estemos vivos y que permanezcamos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire y así estaremos con el Señor siempre (1 Tesalonicenses 4:13-17).

Por lo tanto, tomemos el consejo de la Palabra: Porque Dios, no nos ha llamado a impureza, sino a santificación; busquemos la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor; ...preparate para encontrarte con tu Dios (1 Tesalonicenses 4:7; Hebreos 12:14; Amó 4:12).

# SANTA CENA

1 de Mayo 2022, 10:00 AM



Radio online  
**EL FARO**  
Llevando Luz a las Naciones

DELÉITATE  
EN EL SEÑOR



Download on the  
App Store



GET IT ON  
Google Play

